



PODER LEGISLATIVO FEDERAL
CAMARA DE DIPUTADOS



Con cada día que transcurre, se vuelve más notorio que ni el gobierno saliente ni el entrante están sabiendo, como reza la expresión, “leer el salón”. Por ésta me refiero a la habilidad en contextos sociales, políticos o profesionales de saber percibir, comprender y procesar el tono, las dinámicas y señales sociales o políticas y el estado de ánimo de las personas presentes en una habitación o ante una situación dada, y reaccionar o reajustar como resultado de ello. Y es que esa capacidad humana, innata en algunas personas, que se traduce en una habilidad esencial en la caja de herramientas para estadistas, políticos, oradores o artistas, parece estar pasmosa y preocupantemente ausente en la cúpula de poder político en México en este momento de cara a las percepciones internacionales acerca de nuestro país y las consecuencias que éstas potencialmente acarrearán para nuestro bienestar y nuestros intereses en Norteamérica y el mundo en general. Hoy es patente que el gobierno mexicano y el partido en el poder no quieren reconocer que las reformas constitucionales lopezobradoristas le abren a México un horizonte de profunda incertidumbre financiera, bilateral y geopolítica.

Desde el púlpito presidencial,

La miopía es muy peligrosa

CARTA DESDE WASHINGTON

Arturo Sarukhan

Consultor internacional basado en Washington; diplomático de carrera y Embajador de México. Ex embajador mexicano en EEUU (2007-2013).

Opine usted:
sarukhanassoc.com



López Obrador ha controlado la narrativa nacional. Pero a menos de un mes de que termine este sexenio aciago, tiene totalmente perdida la narrativa en el exterior. Y a pesar de los esfuerzos por tapan el Sol con un dedo desde Palacio Nacional, todo esto importa porque no sólo está en juego percepción y credibilidad

(ciertamente por los suelos) del país. Nos jugamos de entrada el futuro de una relación bilateral – con Estados Unidos– esencial para la prosperidad y seguridad de los mexicanos. Nos jugamos la viabilidad y vigencia de nuestros tres principales acuerdos comerciales en el mundo: con Norteamérica, con las economías del Pacífico y con la Unión Europea, a pesar de las maromas por argumentar que la reforma judicial y la que elimina organismos autónomos y reguladores no los viola, cosa que patentemente hacen. Pero si mayor erosión de la relación en materia de procuración de justicia con Estados Unidos; en la certeza jurídica y *piso parejo* para empresas extranjeras operando en México; la violación del T-MEC, del CPTPP y del TLCUEM –y de su Cláusula Democrática (cosa que ni el acuerdo con Norteamérica o con las economías del Pacífico contienen y que podría ser activada para suspender el acuerdo comercial con la UE)– con la eliminación de reguladores y organismos autónomos, y un camino hacia la revisión del T-MEC en 2026 aún más empedrado y con baches del que hay ya (por el

tema China y la creciente proclividad bipartidista estadounidense hacia una economía más protegida y una política industrial) no pesan sobre el ánimo del gobierno saliente o de la transición, quizá la reacción de los mercados a cómo se está leyendo en el extranjero la necesidad peligrosa del Presidente es el único contrapeso que pueda hacerlos recular y ajustar.

Cada una de las crisis y los desafíos que han enfrentado estos seis años el país y el Presidente no sólo han demostrado que su gobierno carece de la capacidad, imaginación, agilidad y banda-ancha de acción para responder a ellos, sino que han puesto en evidencia que López Obrador y su equipo no han aprendido ni asimilado las lecciones sobre cómo afrontar crisis y desafíos futuros y recalibrar posturas y la toma de decisiones. Sus errores no son únicos; son típicos de los que cometen líderes populistas, demagogos y autoritarios que acaban creyéndose y consumiendo su propia propaganda. Pero con López Obrador México galopa en tropel –sobre todo como resultado de estas últimas dos semanas– hacia el pasado de una relación con Estados Unidos plagada de miopía



y chovinismo nacionalista, rancio y decimonónico, ignorando los grandes avances alcanzados en la relación bilateral en las últimas cuatro décadas, una relación que si bien por la asimetría real de poder nunca estará exenta de momentos complejos o de tensión y discrepancias, había sido una de tracción estratégica, madurez, responsabilidad compartida y provecho mutuo. Vaya retroceso propiciado por un hombre que simplemente no comprende esa realidad y que verdaderamente cree que el Estado mexicano es él.

La prueba de pertenecer a una comunidad de democracias es sencilla. Radica en el grado en el cual esa nación está dispuesta a cooperar para abonar a y mejorar los bienes comunes globales, proteger valores democráticos e intereses mutuos y un sistema internacional –diplomático y comercial– basado en reglas. En todos estos frentes México ha fallado, y este tsunami –mediático, de mercados, de pronunciamientos y posturas gubernamentales– que hoy estamos enfrentando y que pone en tela de juicio la viabilidad democrática de la nación nos podría salir muy caro a todos los mexicanos. Insto al gobierno saliente, al Congreso y al gobierno entrante a leer el salón y reajustar, antes de que sea demasiado tarde.